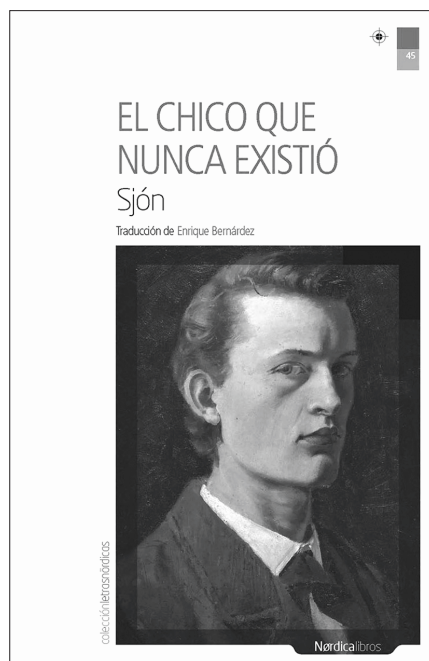


Callejón del Gato Sjón

José Ramón Enríquez

Pienso en Islandia como en un país mágico pero imposible. Puedo asumir la existencia de Finlandia, pero no de algo más allá de esa tierra del fin. Si imagino Finlandia, pienso que ahí termina el mundo habitable y lo demás son leyendas construidas en los hielos eternos. Sé que la tierra es redonda y el Polo Norte está constante, ahí, duro como el casco de Aquiles, pero en los fríos eternos de Groenlandia. Islandia en cambio es la intersección de una rajadura dorsal de nuestra madre Tierra y un chorro de fuego de su propio centro. Hielo y fuego. Imposible. Un país que no puede existir y, sin embargo, el país en el cual un autor que se llama Sjón puede escribir una novela de hielo y fuego como *El chico que nunca existió*.

Han convivido en mi imaginación dos versiones de la palabra Islandia: la que me hace suponerla, desde el castellano, como una isla, y, desde el inglés, esa que la convierte en tierra de hielo. ¿Un iceberg? A duras penas puedo imaginarla flotando, como otra luna en torno de mi noche, aunque de cristal como en esa película, fallida y tan llena sin embargo de brillos casi geniales, que fue la versión de *Superman* de 1978, que me ofreció un Krypton con todo y Marlon Brando, en ámbitos de vidrio: lo más cercano a la imagen onírica de mi iceberg. Y si el cine me entrega una Islandia personal, a su vez, el cine le entrega la posibilidad de una realidad personal a Mánni Steinn, el inexistente chico de la novela de Sjón que, mientras se dedicaba a la felación consuetudinaria, pensaba en *Los vampiros*, la cinta muda de Louis Feuillade, porque él “vive en las películas. Cuando no las tiene delante de sus ojos las repite en su mente”, mientras saborea glandes a singular destajo.



Y sin embargo Islandia existe. Es una isla al noroeste de Europa, que fue danesa hasta 1944 y hoy es tan independiente como moderna. No llega a un medio millón de habitantes no congelados porque la corriente de nuestro Golfo los abraza. Es lo único, me parece, que tienen en común con nosotros: la calidez de nuestro mar interno, sin contar con los sueños cinematográficos de Mánni y los míos, y uno que otro ensueño también compartido. Pero ellos han tomado decisiones económicas que a nosotros nos rebasan por mucho y acaban de sacar, casi literalmente por la ventana, a su Primer Ministro por estar implicado en el escándalo de los papeles de Panamá. Reikiavik está politizado, nosotros todavía no.

Y eso importa para las notas de una columna que ha querido situarme en el Callejón del Gato, centro del Madrid de los Austrias, causantes en buena parte de nuestra despolitización, y primos de un fray Jacobo, hermano del rey danés Christian, que huyó de aquellos hielos cuando los calvinistas se lanzaron al exterminio de los frailes menores cuyo último provincial llegó a ser. Fray Jacobo el Danés fue a España para pedir a Carlos V, su primo, que lo enviara al Nuevo Mundo. Y así llegó,

en medio de una leyenda con florecillas franciscanas y mazazos de Thor, a nuestro Tzintzuntzan donde murió muy, pero muy anciano y venerado por los purépechas.

Si fray Jacobo era danés y yo pienso en Islandia, es porque he leído otra novela que es también un flotante iceberg del mismo autor, Sjón, *Maravillas del crepúsculo*, cuyo personaje me recuerda en mucho al fraile michoacano de adopción a quien debo una cantata.

Supe de Sjón, poeta, músico, novelista que apenas rebasa los cincuenta años y cuyo nombre completo es Sigurjón Birgir Sigurðsson, por otra figura islandesa que me fascina, Björk, con quien ha colaborado, incluso en *Danzando en la oscuridad*, dirigida por Lars von Trier. Ella dice de Sjón que “ha logrado conectar las raíces de la vieja Islandia con el siglo XXI. Pero lo más importante es que ha conseguido unir inteligencia y corazón”.

Yo quedo electrizado en el arco que va de *Maravillas del crepúsculo*, las guerras de religión europeas, a la Primera Guerra Mundial y el día de la independencia islandesa. Arco voltaico que va de un fray Jacobo en Tzintzuntzan que se pierde durante horas en lo más profundo de su recuerdo y *El chico que nunca existió* al que pilla el día de la fiesta de la independencia entregado a su tarea, de rodillas frente a un marino que imagino genetiano, y que escucha “un grito desesperado: ¡Qué porquería es ésta! Las últimas palabras van acompañadas de un puño cerrado que deja al chico sin sentido...”.

Ambas novelas fueron publicadas por Nórdika de Madrid. Como simple dato inútil: las leí sumido en el paisaje de 40 grados centígrados de la Mérida en que vivo. **u**